



FERNANDO OPERÉ¹

University of Virginia - fo@virginia.edu

Artículo recibido: 15/12/2011 - aceptado: 20/01/2012

AUTOBIOGRAFÍA O TESTIMONIO. EL CAUTIVERIO DE HELENA VALERO EN EL ORINOCO.

RESUMEN:

Los relatos de cautivos es un género literario que alcanzó gran popularidad en los Estados Unidos e Inglaterra en los siglos XVIII y XIX. Están basados en las experiencias de hombres y mujeres cautivas de los indios americanos durante más de trescientos años.

En algunas ocasiones estos relatos se limitan a contar algunas peripecias del rapto, y las vicisitudes vividas bajo el control de las tribus. En otras ocasiones son auténticas autobiografías, que se inician con datos vidas familiares, y acaban en el momento de la liberación. Se ha discutido si esta literatura se puede considerar testimonial, o es simplemente biográfica. Muchos de los relatos fueron escritos por terceras personas, familiares, pastores de iglesias o amanuenses.

Uno de los pocos relatos de una cautiva que conservábamos para el mundo hispano es el de Helena Valero, Napëyoma, raptada por los indios yanomamo del Orinoco en 1932, con quienes convivió durante veinticuatro años. Su relato es una fascinante autobiografía que apareció a pesar de grandes dificultades que se consideran en el presente artículo con el título de *Yo soy Napeyoma. Relato de una mujer raptada por los indios yanomami*.

PALABRAS CLAVE: Relatos de cautiverio, autobiografía, Helena Valero, indios Yanomamo

¹ Fernando Operé es profesor de literatura y cultura de la Universidad de Virginia, y Director del Centro de Estudios Latinoamericanos. Ha escrito sobre temas americanos y de España. Es autor de: *Indian Captivity in Spanish America. Frontier Narratives* (2008); *España y los españoles de hoy* (2007) *Historias de la frontera. El cautiverio en la América hispánica* (2001); *Cautivos* (1997); y *Civilización y barbarie en la literatura argentina del siglo XIX* (1987). Es también autor de 12 poemarios, siendo los últimos: *La vuelta al mundo en 80 poemas* (2012), *Cántico Segundo* (2009); *Anotado al margen. Cuaderno de ruta* (2007); *Memorial del olvido* (2005). Ha impartido clases en Universidades de España, Estados Unidos e Hispanoamérica.

ABSTRACT:

The narrative of captives is a literary genre that reached great popularity in the United States and England in the 18th and 19th centuries. It is based on the experiences of women and men captive of American Indians, an activity that took place for more than three hundred years. Sometimes these stories are limited to narrate the adventures of the abduction, and the vicissitudes experienced with the tribes. On other occasions are authentic autobiographies, which start with their family prior captivity, and conclude at the time of release. It has been discussed whether this literature can be considered testimonial, or if it is simply biographical. Many of the narratives were written by third parties, family members, pastors of churches or scribes.

One of the few preserved accounts of a captive in the Hispanic world is that of Helena Valero, Napëyoma, kidnapped by the Yanomamo Indians of the Orinoco in 1932, with whom she lived for twenty-four years. Her story is a fascinating autobiography which appeared in spite of great difficulties that are considered in the present article titled *I am Napëyoma. Story of a woman abducted by the Yanomami Indians*.

KAYWORDS: Narrative of captives, autobiography, Helena Velasco, Yanomamo indians

«Cuando regresé del conuco, la mujer me dijo que había visto a mi hermano. El domingo, en efecto, vino. Me llamaron. El estaba sentado y yo me acerqué.

– ¿Cómo te llamas?– me dijo en castellano.

– Umbelina Helena Valero.

– ¿Cómo se llama tu papá?

– Carlos Valero.

– ¿Dónde vivías antes?

– En Nazarete, cerca de Marabitanas.

– Después me preguntó el nombre de mi mamá y de mis hermanas, hasta que llegué al nombre de él.

– Y yo ¿cómo me llamo?

– Te llamas Anisio Enrique Valero.

– Entonces sí es verdad: tu eres mi hermana–. Y se puso a llorar un rato.

– Nunca más había creído posible encontrarme contigo. Yo no te hubiera reconocido. Cuando te llevaron éramos tan niños...». (529).

Cuando Helena Valero se reencontró con su hermano el 15 de octubre de 1956 habían transcurrido veinticuatro años desde la fecha de su captura, el 26 de noviembre de 1932. Ahora Helena Valero se llamaba Napëyoma, y regresaba por propia voluntad y con grandes dificultades a la llamada «civilización», acompañada de cuatro hijos y su segundo esposo, Akawë, un indio yanomamo. Tenía treinta y siete años. El suyo había sido un viaje alucinante de ida y vuelta a través de un extenso territorio localizado en el sur de Venezuela entre las grandes cuencas de los ríos Orinoco y Negro. El regreso representaba un nuevo inicio

del viaje para Helena, quien se vio enfrentada a las contradicciones fundamentales de una mujer que, en sus años formativos, debió de adaptarse a la sociedad yanomamo. Helena tenía trece cuando fue raptada del caño Marocoabi, afluente del río Negro, donde había ido con su familia a recoger frutas y pescar. No era una niña ni tampoco una mujer. Se salvó de ser violada por su edad y aspecto físico aniñado. Helena fue, en ese largo e imprevisto viaje, participante y testigo. Para sobrevivir tuvo que adaptarse a la dura existencia de los diferentes grupos yanomamo con los que convivió. Sino no hubiera sido así, sus posibilidades de sobrevivencia habrían sido pocas. Sin embargo, conservó a lo largo de los años costumbres y creencias familiares que la mantuvieron en un constante ejercicio de comparación y análisis.

Dentro de la narrativa de cautivos, el cautiverio de Helena Valero, es norma y excepción. El cautiverio fue una práctica extendida entre los indios americanos desde antes de la llegada de los europeos. Los indios cautivaban como sistema de hostigamiento con sus vecinos, para suplir las pérdidas por muertes naturales o guerras dentro del grupo tribal, y como forma de intercambio y trueque. Con la llegada de los europeos el problema se exacerbó por el masivo descenso de la población original. Los españoles, por su parte, adoptaron esta práctica. Tras su primer viaje, Cristóbal Colón regresó a España con una muestra de indios taínos para mostrarlos a los monarcas. El cautiverio se fue intensificando en las zonas en que los indios presentaron resistencia a la invasión occidental. Pueden trazarse coordenadas que aparejan la historia del cautiverio con las rebeliones indígenas. La historia de Helena Valero en el siglo XX y la de Manuel Córdova-Ríos, capturado por los indios amahuacas del Perú en 1902, evidencian la longevidad del fenómeno. Sin duda que hubo otras, muchas, posiblemente miles de Helenas Valeros, cuyos relatos se han perdido en la confusa noche de los silencios históricos. Desgraciadamente, poco sabemos de esos cautivos. En América latina, especialmente, el silencio cerró los ciclos de su existencia. Muchas cautivas blancas jamás regresaron, permaneciendo voluntaria o involuntariamente con el grupo de adopción. Otras volvieron, pero poco o nada contaron tras su regreso. Sus aventuras no fueron escritas ni sus memorias recuperadas. Sus vidas continuaron el trasiego de los pueblos fronterizos y se perdieron sin que las experiencias vividas fueran extraídas del olvido. Siquiera guardamos marginales referencias del rico anecdótico de sus interesantes peripecias. Las autoridades administrativas no se mostraron interesadas en la difusión de estos relatos que hacían referencia a la América indomable, salvaje y bárbara.

En ese sentido, Helena Valero es un caso excepcional pues su historia ha sido grabada y publicada, aunque por razones ajenas a ella misma. Efectivamente, si Helena aceptó en última instancia autorizar el relato de su cautiverio fue hostigada por la apropiación indebida que de su historia había hecho el italiano Ettore

Biocca quien, en 1965, publicó un libro titulado *Yanomama*. La versión inglesa de 1970, lleva el título, *Yanomama: The narrative of a White Girl Kidnapped by Amazonian Indians*. El texto de Biocca elude la autoría de Helena. En la versión francesa de 1968, se incluye una carta en la que Helena expresa su deseo de que su nombre no sea desvelado, aunque ella negó haber escrito dicha carta que parece ser obra de su hermano Luis, quien recibió las regalías de la publicación. Entre tanto, en 1982 un nuevo libro, *Shabono: A True Adventure in the Remote and Magical Heart of the South American Jungle*, vino a complicar el confuso panorama. El texto recoge la historia de Florinda Donner, estudiante graduada de antropología quien, mientras realizaba trabajo de campo en Venezuela, fue adoptada por un grupo yanomamo. La obra fue bien recibida por la crítica profesional e incluso elogiada por la prestigiosa revista *Newsweek* que la calificó de trabajo fascinante. En 1983, el libro atrajo una nueva y discutida popularidad debido a la aparición de un artículo en la revista *American Anthropologist* en el que Rebecca B. Holmes acusaba a Florinda Donner de fraude y plagio. Holmes imputaba a Donner haber utilizado la narración de Helena Valero en su versión inglesa y haberla manipulado con elementos de fantasía muy del estilo de los trabajos de Carlos Castaneda. De hecho, Castaneda es citado en la contraportada elogiando el libro. Numerosos antropólogos conocedores de las culturas yanomamo han corroborado el plagio cuestionando, incluso, que Donner viviera con los yanomamo. Finalmente, animada por René Agagiate, Helena Valero realizó una nueva grabación autobiográfica que apareció impresa en 1984 con el título de: *Yo soy Napëyoma. Relato de una mujer raptada por los indígenas yanomami*.

En la historia del cautiverio fueron mujeres las víctimas más deseadas. Eran fáciles capturas, presentaban menos resistencia, y se adaptaban con más facilidad al grupo de adopción, especialmente tras concebir hijos. Cuando Helena Valero fue raptada por los kohoroshi-thari, uno de los subgrupos del tronco de indios yanomamo, estaba en compañía de su padre, madre y hermanos. Sólo se llevaron a Helena. Al padre lo hirieron de flecha en la cabeza y espalda, a la madre también. Malheridos como estaban, les hubiera sido fácil capturarlos. Los dejaron escapar. No les interesaban. Un hombre maduro hubiese sido una rémora difícil de controlar y hubiera dificultado el largo regreso de los kohoroshitheri a su *shapono* (vivienda comunal). Por otra parte, los grupos yanomamo no poseen los mecanismos de integración necesarios para incorporar socialmente a personas adultas. Con Helena Valero la situación era diferente. Era casi una niña, el proceso de aculturación no sería tan penoso, aprendería la lengua y las costumbres, sería con el tiempo madre y codiciado artículo de intercambio, como así ocurrió.

Helena es también excepcional porque su aventura con los yanomamo es un documento humano que sobrepasa en interés los límites de la literatura fan-

tástica. Está marcado por la capacidad de adaptación y fuerza psíquica de una mujer para superar las numerosas situaciones de adversidad extrema a las que se vio enfrentada. Helena luchó por su supervivencia en un medio hostil que, en gran parte, le era ajeno. En momentos vivió completamente sola en medio de la selva amazónica, sin armas, herramientas, ropa o medios para protegerse. Sufrió numerosas heridas de flechas y garrotes producidas por abusivos maridos y pretendientes, cuya violencia incontrolada dejó permanentes huellas en su cuerpo. Sufrió también las agresiones celosas de las otras esposas, picaduras de víboras, ataques de murciélagos, amenazas de tigres, y un largo etcétera que Helena narra con detalle en su pormenorizada y rica autobiografía. Helena superó estas vicisitudes con un coraje encomiable que los mismos yanomamo llegaron a admirar. Volvió después de veinticuatro años con cuatro de los seis hijos habidos en cautiverio. El regreso, sin embargo, no fue fácil. Experimentó, sorprendida, el rechazo de sus hermanos, principalmente Anisio Enrique, quien la despreció por parecer india y tener hijos de padres yanomamo. Helena comprobó con tristeza que ya no pertenecía a ninguno de los dos mundos. Sus reflexiones son un reflejo de esta disyuntiva. *«La civilización no era tan buena como yo soñaba en la selva... Me quedaba sólo para complacer a mi mamá»* (535).

El reencuentro con la sociedad blanca nunca fue fácil para las antiguas cautivas, especialmente las que habían tenido relaciones con indios. Al regresar, se hallaban con una nueva problemática que dificultaba su integración en la sociedad de origen. A estas mujeres que habían parido de padres indios se las consideraba mancilladas por la relación. Helena vivió esta disyuntiva al poco de regresar. Animada por su padre, tras abandonar el territorio yanomamo, se animó a acercarse a Manáus y abrazar a su madre a quien no veía desde hacía veinticuatro años, aún a pesar de la oposición de sus hermanos, expresada en carta de Anisio. *«Era ya navidad. Yo estaba contenta de verme en medio de mis parientes, lejos de aquellos indios que me habían hecho sufrir tanto. Pero allí llegó una carta para mi papá. La cogí y la abrí. Yo recordaba cómo se lee. Vino mi primo Lorenzo, ciego, y me preguntó: –¿Qué dice? –Nada– le dije llorando. –Que no quieren que yo vaya para Manáus. Mi hermana se puso a leerla. Luis mandaba a decir que yo no fuera a su casa allá a deshonrar a la familia Valero... Yo sólo pude llorar. Salía de la selva y por eso me creían india»* (535). Helena sufrió el desdén de su familia y el de la sociedad. ¿Qué produjo en sus hermanos esta reacción tan desfavorable? Helena, que aun vive aunque está ciega, es una mujer inteligente y capaz, con recursos suficientes para sobrevivir las muchas pruebas a que las que le sometió la selva y el proceso de adaptación a la sociedad yanomamo. A su vuelta, debería haber recibido el trato de heroína. Sin embargo, se refugió en una misión en la selva tratando de pasar desapercibida. Había convivido íntimamente con indios y les había dado vástagos. El relato de su historia, consecuentemente, era la prueba delatora que actuaba en su contra. ¿Para qué contarla o recordarla?

Gran parte de la literatura de ficción sobre cautivos hace énfasis en la lucha mortal de las cautivas por mantenerse puras frente al acoso del indio. Esta es la interpretación literaria de múltiples casos de cautiverio feliz. María, la cautiva del escritor argentino Esteban Echeverría, hunde el cuchillo en el pecho del indio que intenta poseerla, y huye en compañía de Brián, el esposo herido. Los horrores de la vida en las tolderías (poblados indios), dantescamente pintados por Echeverría en el poema «*La cautiva*», no tienen comparación con la tragedia que para María supondría el ser mancillada por un salvaje. Incluso Brián, también cautivo, se alarma de la posibilidad de que María haya sido violada y la rechaza por no ser digna de su amor. En la literatura romántica del período, la violación se articula como instrumental para corroborar el aspecto satánico y deshumanizado del indio frente a la pureza angelical de la cautiva. No olvidemos que estos modelos estaban creados para azuzar la sensibilidad del lector. En la práctica, las ex-cautivas sufrieron aislamiento y marginación, incapaces de borrar el estigma del cautiverio. En Norteamérica, las cautivas fueron instrumentos a través del cual se articuló un ideario xenofóbico y racial.

Del relato de Helena Valero conocemos que las mujeres cautivas entre los yanomamo eran sistemáticamente violadas por aquellos que habían participado en el rapto e incluso por los que se habían permanecido en el *shapono*. Napoleon Changnon, quien vivió un total de cuarenta y dos meses con los yanomamo, corrobora que la violación de cautivas era una práctica generalizada. Si Helena Valero no la sufrió fue porque en el momento de su cautiverio era una niña de trece años de apariencia infantil.

Es interesante observar como a lo largo y minucioso relato, Helena, que se entretiene describiendo con fidelidad de detalles, costumbres, rituales, viajes y parentescos; que se ensimisma hablando de animales, plantas e individuos, no hace mención a contacto físico o algún detalle afectuoso de sus maridos. Husiwë, el primer esposo, la posee sin que medien palabras. Tenía 15 o 16 años cuando sintió que estaba embarazada por vez primera. Al poco tiempo parió una niña. La descripción crea la sensación de distancia, como si el parto fuese algo ajeno al cuerpo de Helena y no tuviese tampoco nada que ver con Husiwë. «*Esa misma noche di a luz. Ya Yepiami estaba avisada. Las dos salimos al monte; ella llevando su tizón y yo... mi barriga lista para alumbrar. Allí nació la niña muy pequeñita. Yepiami le cortó el ombligo con su bambú y fue a guardar la placenta en una cachicamera. Juntas regresamos al tapiri... La niña estaba moradita. Más tarde se aquietó. Cuando amaneció, estaba muerta. La sacudí; pero ya no resollaba. Era muy pequeña y no había podido aguantar el frío*» (200). Purió cinco hijos más de dos esposos que la trataron con la dureza e indiferencia características de la relación de sexos.

Las mujeres son la causa principal de las guerras entre los yanomamo, aunque también sus objetos más preciados por ser fuente de trabajo y reproducción. Sin embargo, su condición es totalmente inferior a la de los hombres y su subordinación absoluta. Cualquier desobediencia o falta de atención a los urgentes deseos del esposo puede producir una explosión que se traduce en agresiones, heridas, e incluso la muerte. Helena fue objeto de violencias conyugales que pusieron en peligro su vida. Su primer marido, de quien dijo como expresión más próxima de afecto: «*En el fondo de su alma Husiwë era bueno. Sólo cuando lo provocaban salía de quicio y cometía algún disparate*» (317), le rompió un brazo en uno de sus incontrolados arrebatos. Del segundo marido, Akawë, tuvo que protegerse hasta el límite de sus fuerzas. En una ocasión y en acción defensiva, lo golpeó y a punto estuvo de matarlo. «*Yo apretaba con mayor fuerza, duro, duro, hasta que dejó de gritar, volteó los ojos, le salió la lengua y no se movió más*» (492). Sus familiares le dieron por muerto.

Aunque basado en una experiencia real, verificada por numerosos antropólogos, no considero el relato de Helena Valero como una pieza de literatura testimonial. Elementos fundamentales lo separan del género. El texto de Helena contiene elementos de violencia que, en gran parte, son el resultado de su estatus como cautiva, pero también lo son de la vida de todos y cada uno de los yanomamo inmersos en un medio natural difícil. El gran protagonista es la selva. En ella se mueven las sociedades yanomamo, integradas y manteniendo sistemas sociales resultado de una perfecta adaptación al medio.

No podemos ignorar, sin embargo, que el rapto de Helena fue un acto de violencia, como lo fueron todos los cautiverios, al que siguieron otros muchos que marcaron circunstancialmente el viaje de su vida. Tenía trece años cuando fue capturada. En el ataque inicial, los yanomamo la hirieron en el vientre y el muslo con una flecha encurarada (envenenada) que la hizo caer en un largo sopor. Tuvo que ser ayudada en el camino de regreso. Al poco de iniciado el regreso, y en medio de la conmoción que supuso la captura y fuga, los kohoroshi-thari fueron a su vez atacados por los karawë-theri, otro grupo yanomamo, produciendo algunas de las secuencias de violencia más impactantes de las que Helena fue testigo.

«En seguida comenzaron a agarrar a las mujeres. Eran todas jóvenes las que estaban allí. Las viejas se habían regado para los lados... Entonces balaron afuera a la primera mujer que estaba en mi cueva, es decir Waimanama. Como la segunda, Wawëtoima, se resistía, la amenazaron con una flecha de punta de bambú, al fin, balándola con el brazo, la sacaron. Yo me quedé adentro un rato, tapada por aquel musgo que había rasgado para entrar. Pero alguien avisaría, porque en seguida vi varias caras de hombres asomadas a la entrada. Con una flecha de punta

de bambú uno me amenazó y tuve que salir. El indio miró bien adentro y con una flecha de arpón sacó el mapire. Se lo puso a cuestras y me agarró a mí de un brazo. Otro karawë-thari siguió unos rastros de mujer; apartó un bajucal que tapaba un hueco y vio a Yawarima. Con el arco la amenazó y la obligó a salir. Él la agarró y otros vinieron a quitarle los niños. Agarraron al mayor y lo batieron contra una peña. Las otras mujeres rodearon a Yawarima para defenderle al más pequeño. –No lo maten, no lo maten– gritaban. Unos hombres zafaron los brazos de aquellas mujeres, sacaron al niño y lo mataron golpeándolo contra una peña. Quedó desmigajada su cabecita. El hombre que había matado a los hijos de Yawarima, se posesionó de ella. Todos iban agarrando mujeres... Después miraron a la criatura que tenía en la espalda. –Es hembra, déjala– dijo uno de ellos. Después le cayeron encima a Yaayama. Le quitaron una criatura de seis días que tenía y se la reventaron contra una peña... A medida que iban juntando a las mujeres, les quitaban a los niños y se los mataban. A los mayorcitos que trataban de escaparse, los agarraban, los tiraban al suelo y les hincaban el arco traspasándoles la barriga. ¡Cuántos niños mataron aquella vez, Dios mío! Terminada la carnicería, los karawë-thari comenzaron a provocar: –Kohoroshi-thari cobardes. Se han escapado dejando solas a sus mujeres y sus hijos. Les hemos matado a los niños y ahora nos llevamos a sus esposas–... Yo lloraba horrorizada» (48-49).

El tiempo transcurrido con los karawë-thari es impreciso. La narración carece de cronología. De hecho, Helena nunca supo con exactitud los años transcurridos en cautiverio. Lo primero que quiso saber cuándo se encontró con su hermano Aniso en el reencuentro fue la fecha. Un nuevo grupo yanomamo, los patamanip-wei-theri, intentaron a su vez raptarla, pero ante lo infructuoso de su intento, decidieron matarla para que no fuese de nadie y resolver el conflicto. En esa ocasión, como en otras posteriores, Helena se vio forzada a huir y permanecer sola en la selva. Finalmente, recaló con los wanitima-theri, en donde Husiwë, hombre importante y chamán, la tomó por esposa.

Se calcula la población yanomamo en unos doce mil habitantes repartidos en grupos que hablan una misma lengua, y comparten modos de producción y rasgos culturales comunes. La violencia es una manifestación regulada en la mayoría de los casos a través de la cual los diversos grupos gestionan la distribución del territorio necesario para la producción de alimentos, especialmente banano, algodón, tabaco y caza. El equilibrio entre el número de habitantes y los recursos disponibles es fundamental para garantizar su supervivencia, y explica la existencia de conflictos inter-grupales y su violenta gestión. Las mujeres son fuentes de riqueza fundamental y la causa principal de las guerras y peleas rituales. Los raptos de mujeres son comunes, así como las represalias y venganzas debidas no sólo a su captura, sino a las ofensas producidas al honor de los familiares. Un hombre que estima su honor debe resarcirse de una injuria que insulta o cues-

tiona su valor. Como consecuencia, se entablan duelos con los puños y peleas de palos reglamentados que describen, incluso, los golpes que deben darse y recibirse. Estos pugilatos son la antítesis de la guerra pues proporcionan una alternativa gestionada. Helena perdió su primer marido como consecuencia de su obstinación en vengar una ofensa a su honor. Sus ruegos y los de otras mujeres, los consejos de algunos ancianos y familiares, no fueron suficientes para detener al empecinado Husiwë quien, finalmente solo, pues nadie quiso acompañarle, atacó un *shapono* de los pishaasi-theri, y mató a un muchacho. Tras ello debió hacer las purificaciones propias de los homicidas. La respuesta de los pishaasi-theri no se hizo esperar, y Hasawë fue acribillado con flechas encuraradas que le causaron la muerte.

Más que un testimonio, la historia de Helena Valero es una autobiografía con muchas de las características del género. Está dominada por el viaje a través de fronteras físicas y culturales. Helena viajó en la selva con diferentes grupos yanomamo, viajó sola y fugitiva, viajó de regreso por el río Orinoco al encuentro de su familia. Sin embargo, su gran jornada fue el viaje de ida y vuelta desde Umbelina Helena Valero, hija de Carlos Valero, a Napëyoma, la esposa *napë* (extranjera) de Husiwë y Akawë. Atravesó las fronteras culturales en ambas direcciones y fue, en distintos momentos, *napë* entre los yanomamo e india entre los blancos. El trasiego la convirtió en forastera, la otra, y como consecuencia objeto de rechazos y agresiones.

El primer acto de pasaje se produjo al poco de llegar al campamento de sus captores. Tanto hombres, como mujeres y niños, se acercaron curiosos a verla y tocarla. Era una niña *napë*. A continuación varias mujeres la despojaron de sus vestidos y le cortaron el cabello con una astilla de bambú. La transformación exterior estaba realizada. Completamente desnuda como las mujeres yanomamo, con un cordel decorativo a la cintura, rapada y pintada de onoto, Helena se transformó en Horehore prewë, que quiere decir flor grande, su primer nombre. Más tarde la llamaron Napëyoma. El proceso de inmersión se iría realizando en distintas fases según Helena se fue familiarizando con costumbres y adaptándose al medio. Acabaría perforando sus labios, carrillos, orejas y nariz con espinas y astillas, nunca le gustó llevar tonsura. Azuzada por la necesidad aprendió la lengua. «*Cuando por no entender no les hacía caso, ellas me daban coscorrones*» (40). El vestido, símbolo distintivo de la civilización occidental, desapareció a tiras entre las mujeres del *shapono*. Los otros símbolos, lengua, religión y alimentación constituyen un bagaje cultural que Helena guardó o negoció en su largo proceso de asimilación y rechazo dentro de la sociedad de adopción. La integración fue lenta y difícil, especialmente durante su soltería. Sorprende la tremenda capacidad de esta joven para mantener vivos algunos de sus rasgos culturales más distintivos. Me refiero a la lengua, tanto el español como el portugués que nunca olvidó, y la

religión católica, a la que recurrió en situaciones difíciles. Alguno comentaristas se han preguntado si la adaptación de Helena hubiera sido posible en una edad más madura. La respuesta nos llevaría por vericuetos de difícil salida. Tenemos referencias de mujeres cautivas de más edad que sobrevivieron al cautiverio y se adaptaron a la nueva sociedad. La experiencia del cautiverio es personal y cada caso varía, a pesar de que la adaptación se produzca en difíciles circunstancias.

Los primeros años para Helena, desde su captura hasta el desposorio con Husiwë, no fueron fáciles, siendo víctima de constantes hostilidades. Su marginalización la convertían en presa fácil. Ningún hombre la defendió, ninguna familia la protegió, con excepción de algunas mujeres maduras que se apiadaron de ella y la tomaron bajo su tutela. Sin embargo, en ocasiones, fueron también mujeres quienes la usaron como chivo expiatorio. En los primeros años de adaptación y aprendizaje Helena pensó constantemente en huir, regresar, buscar el camino de retorno con los suyos. No sabía cómo, ni podía hacerlo sola. La zona de selva húmeda en la que viven los yanomamo es un territorio muy extenso cubierto de árboles y alta maleza, cuyas tierras bajas y crecidos ríos son de difícil acceso en la época de lluvias.

Los yanomamo no son una cultura de río sino del interior, en donde siembran sus plantíos y huertos. Helena sabía que la forma de regresar era descendiendo por uno de los grandes afluentes que eventualmente conectan con poblaciones criollas o misiones. En más de una ocasión se vio obligada a huir para salvarse de las iras de sus captores, y como resultado, permaneció completamente aislada largos períodos de tiempo, una de las veces por más de tres meses. La sensación de abandono fue, entonces, completa. En otra ocasión, una niña a quien Helena transportaba, mordisqueó unos huevos de sapo que Helena había desechado. La niña cayó enferma y murió al poco tiempo. La madre acusó a Helena de ser la causante de la muerte. «*Maten a Napëyoma!* –gritaba–. *¡Muera ella como murió mi hija!*» (91). Al día siguiente de madrugada, Paurama, una vecina, le aconsejó que huyera pues los hombres se habían hecho eco de la petición de la madre y estaban dispuestos a flecharla. «*Huye al monte. Esa mujer quiere que te maten. Aquellos jóvenes están poniendo puntas de curare en sus flechas para matarte*» (91). Helena decidió seguir el consejo y escapó, pero regresó al cabo de unos días pensando que la ira agresora de los primeros momentos se habría disipado. No fue así. Los parientes de la niña muerta seguían en su empeño y enviaron contra a varios jóvenes con flechas.

«Grité. Una punta de curare se me había clavado en el muslo derecho. Lo había atravesado y se había clavado en el izquierdo. La flecha se había caído. El criminal vino corriendo a recoger su flecha y se fue. Era Shohimowë, hijo de Warashama, el primero que llegaba de la quema de la muerta. Estoy segura de que el marido

de Parauma le había mandado a flecharme. Me quedé tiesa, pisando leña; solté el hacha, temblando. Después miré la punta, la rompí entre una pierna y otra, saqué el pedazo que se había clavado en el muslo izquierdo y, dejando el otro pedazo en el derecho, eché a correr al monte. Atravesé el camino por el que ellos habían regresado. Me metí por una tierra alta, luego fui bajando y me paré para sacar el pedazo de punta que me quedaba. Estaba duro. Empujé por dentro y balé. No salía. Yo temblaba. Invoqué a San José, agarré la punta con las dos manos y salió. La boté. Entonces la sangre comenzó a chorrear. También chorreaba de la herida de la otra pierna y del otro lado de ésta. Con hojas me iba limpiando la sangre. –Si la dejo en el camino me descubren y me matan–. Seguí bajando corriendo. Encontré barro de lombriz y con eso me tapé las heridas para parar la sangre. Después eché a correr como una loca, sin saber por dónde, temblando. Subí por otro cerro y, arriba, me senté sobre una piedra, estaba como borracha. Las piernas y los brazos me pesaban, pesaban; y vi cómo todos los palos se me iban poniendo amarillos, con mucho humo. El veneno hacía su efecto. La sangre seguía saliendo. Sería como las cinco cuando oí que los indios venían. Yo no podía moverme. Oí que alguien arrastraba un palo y decía: –¡Tan bonito que está mi garrote! Si la encuentro se lo desmigajo en la cabeza–» (97-98).

Helena aprendió a sobrevivir en aquella y en otras ocasiones, alimentándose de plantas, frutas silvestres, reptiles y cangrejos de río. El gran enemigo en medio de la selva, más que la soledad o ciertos animales predadores, era el frío. Por la noche, con la humedad producto de la constante evaporación, la temperatura baja. Los yanomamo no se cubren con ningún tipo de vestimenta. Un cordel alrededor de la cintura en el que los hombres se atan el pene es su única cobertura. Plumas y brazaletes son simple decoración. Abandonada y perseguida, Helena recurrió entonces a la religión de su infancia. Se defendía de la soledad rezando con un rosario que fabricó con semillas. Así lo siguió haciendo a lo largo de todo su cautiverio, encomendándose a santos en momentos de especial peligro.

«Después me puse a pensar si no andarían dañeros por ahí. Me subí a una mata dewapu y me puse a gritar. Nada... Así había pasado mi primer mes de soledad. Como me gustaba mucho el yoco y casi no había otra fruta, me mudé cerca de esas matas. Allí hice mi tapirí, parecido al de antes. En eso trabajé toda la tarde. Luego prendí mi fuego, comí un poco de yoco, me puse a rezar y me dormí. Sería eso de la medianoche cuando oí el ruido de una rama quebrándose. Me volteé hacia un lado y vi un bulto negro, grande, que iba entrando a mi tapirí. Salté, me agarré de una mata y me encaramé. Desde arriba miré abajo. Detrás del primero venía otro animal. Para mí era el tigre negro. Me quedé arriba temblando. Cuando desaparecieron, bajé, zafé el chinchorro, cogí un tizón y salí. Corrí bajando y subí hacia otro lado. Allá me senté. Lloraba y decía ‘Dios mío, ¿por qué no permitiste que el tigre me encontrara dormida y me comiera de una vez?’» (106).

Emociona sentir la soledad de Napëyoma en esos momentos de extrema dificultad. Era una presa huida que debía aprender rápido para sobrevivir. Mostró coraje, inteligencia y madurez para detectar los recursos obtenibles y usarlos en su beneficio. Leyó los signos de la naturaleza y se aclimató a ellos. El relato de Helena es rico en secuencias que, minuciosamente descritas, insinúan la grandeza de esta mujer. En el extremo abandono al que el viaje de su cautiverio la había llevado, persistió en su empeño de escapar de sus captores, que en ocasiones no sabían cómo tratarla. Era *napë*, la extranjera, la civilizada, la otra, identidad que produciría distintas y contradictorias reacciones. Le dieron el nombre de Napëyoma, que significa «mujer extranjera». Para los yanomamo, Helena se presentaba como una rareza. Era más blanca, incluso uno de sus hijos nació con ojos azules por lo que le llamaron Miramawë, que significa «el de los ojos claros». Algunos hombres la encontraron atractiva y desearon tener hijos de ascendencia *napë*. Otros, por la razón opuesta, la rechazaron. Helena se queja de que no la trataban bien porque «era otra gente». La idea que los yanomamo tienen de los *napë* no está vinculada al color sino a una cultura material. Los *napë* llevan ropas, conocen los secretos de la fabricación de machetes y ollas metálicas, saben nadar y entierran a sus muertos en vez quemarlos y comer sus cenizas. Sorprendido, Husiwë se lamentaba de que Napëyoma no supiera o pudiera hacer machetes u ollas de metal. La recriminaba al respecto.

Con Husiwë, Napëyoma había encontrado su sitio en el nicho familiar. Su marido le traía caza, se preocupaba por ella e incluso las otras esposas la respetaban debido a su gran energía y coraje. Debió sufrir, todavía, las esporádicas furias de Husiwë quien, como todos los hombres yanomamo, había sido educado para expresar su ira a la menor ocasión posible. Poco a poco, sin embargo, fue logrando ser respetada en el entorno familiar. «*Poniendo cuidado en mis palabras logré de nuevo que Husiwë me tratara bien*» (173).

El proceso de asimilación fue lento pero progresivo y es notable a lo largo de la narración. «*Mi familia iba en aumento. El tiempo pasaba y yo me encontraba más contenta*» (313). Al crecer la familia crecían los lazos vinculantes con la sociedad yanomamo. Sin embargo, la asimilación nunca fue total. El deseo de escapar permaneció vivo, aunque aletargado. Así se lo expresó a su hijo Miramawë cuando éste comenzó a tener edad para comprender los rasgos distintivos de la herencia materna. «*Nosotros somos gente civilizada del río Negro. Mi mamá era civilizada. Mi abuelo era blanco. El era de un sitio que se llama Caracas, una ciudad que dicen. Eso queda lejos, yo nunca he estado allá. Nosotros vivíamos en Cucui, allá entre Venezuela y Brasil. Caracas está en Venezuela, pero arriba, arriba, lejos. El muchacho me miraba encima de mí, casi sin entender. Después preguntaba: –Entonces, si nosotros somos otra gente ¿por qué estamos aquí? –Porque no sé adónde ir. Tu hermanito está muy chiquito todavía. Pero algún día nos iremos*» (314).

Así lo hizo. La necesidad fue perentoria tras la muerte de Husiwë que Helena lamentó. Antes de morir, cuando sintió que la vida se le iba sin remisión, Husiwë le aconsejó que regresara. «*Napëyoma, vete lejos con estos hijos, lejos de aquí. Busca a tus parientes y llévalos a mis hijos para que los críen. Les apretaba las manos. Siento que voy a morir y a dejarlos. Vete a criarlos donde tu gente*» (354). Napëyoma renovó su determinación de regresar. ¿Quién la cuidaría ahora?, se preguntaba. Desamparada de marido, no sólo perdía la protección grupal, peor aún, no tendría a nadie que se hiciera cargo de su cuerpo tras la muerte, y bebiere sus cenizas para que su alma no vagase abandonada. Napëyoma fue consciente de esta carencia. Habían pasado muchos años con los yanomamo y asimilado muchas de sus creencias. ¿Sería el regreso la culminación feliz de un deseo o el inicio de un nuevo ciclo de readaptación?

Tras la muerte de Husiwë decidió volver, pero no fue fácil. Pensó también vivir sola con sus hijos, le fue imposible. Soltera o sola, no había espacio para ella en la sociedad yanomamo. Sin quererlo, se vio empujada a una nueva y difícil relación con Akawë, su segundo marido. Éste no sólo trataba mal a todas sus esposas, sino que era incapaz de proveer comida para alimentar a la familia. Aguantó esta forzada relación y parió otros dos hijos que dificultaban más la aventura del regreso. Akawë la maltrataba y en varias ocasiones la intentó matar con su arco y flechas. «*Esta situación yo ya no la aguantaba. Él me pegaba, me amenazaba, raras veces me daba cacería para mis hijos*» (454). Napëyoma se hizo cargo de su destino y el de sus hijos, y se defendió cuando fue preciso del impredecible Akawë. «*Yo me le tiré encima, con una rodilla a cada lado de su cuerpo. Con una mano le agarré los huevos y con la otra la garganta, y apreté, apreté todo lo que pude. El pataleaba, pero no podía darme duro. Gritaba de dolor y llamaba; pero yo lo apretaba más duro, ahogándole la voz. Todo el mundo nos miraba riéndose*» (492). Había perdido el miedo a los hombres y conocía mejor la selva, aunque todavía sufrió la mordedura de una culebra que la dejó paralizada de una pierna, de rayas, y de hormigas 24.

En uno de los muchos viajes por el interior, estando cerca del río Ocamo, afluente del Orinoco, Helena se decidió a probar suerte y hallar una ruta de contacto con el mundo *napë*. Caminó hacia las márgenes del río donde tuvo noticias de que un comerciante brasileño había pasado corriente arriba en una barca. Lo esperó y pidió que les llevase consigo. Embarcaron en una mañana de 1956 camino de una etérea libertad cuyo límites desconocía. Iban con ella sus cuatro hijos y Akawë, que decidió en el último momento acompañarlos.

«Enseguida nos encontramos en medio del río. Allí oí que los indios gritaban. Eran Puunapiwei-theri y Witokaya-theri que llegaban. Estaba todos pintados de negro y armados. Akawë los saludó con la mano. Entonces gritaron más y comenzaron a flechar, pero las flechas caían al agua, por el viento y porque ya estábamos

lejos... Era el 15 de octubre de 1956; así me dijo Juan Eduardo. Entonces me puse a contar mis años, porque yo había perdido la cuenta de mi edad: ahora tenía 37 años. Pensaba: 'Ya no soy una niña; si no encuentro a mis padres, no tengo miedo; por ahí encontraré donde vivir...' Estaba feliz. El río Orinoco parecía todo mío: era el camino de mi casa, el camino de mi libertad» (525).

Esta mujer valerosa regresaba a la cultura que la vio nacer. Había esperado largo tiempo las mieles del retorno, pero éstas le fueron huidizas. Napëyoma, la esposa de Husiwë y Akawë, volvía con sus hijos mestizos para ser de nuevo Helena Valero, la hija de Carlos Valero. No se lo permitieron. Había ahondado muy profundo en las entrañas de la cultura yanomamo para que ésta no hubiera dejado huellas a los ojos de sus hermanos que no la aceptaron. Su cuerpo cicatrizado por heridas de flechas, golpes y animales, era la imagen dolorida de una vida luchando por adaptarse. Al poco de regresar su padre murió, pero antes le había aconsejado que se fuera, como años antes lo hiciera su esposo Husiwë. «*Tu estás aquí por mí. Después que me muera, no sigas pasando angustias aquí. Vete lejos si es posible. Ellos no pueden ver a tus hijos y a ti no te quieren. Vete, que es mejor»* (538). Hoy Helena vive todavía en la misión en Ocamo, muy dentro de territorio yanomamo. Trabaja como catequista en una zona fronteriza sin definición, donde ambas culturas se encuentran y repelen.

Con la misma determinación con la que Helena se enfrentó a las amenazas que jalaron su vida, aceptó relatar su historia que es la biografía de una vida. En realidad Helena no lo hubiera hecho sino hubieran mediado una serie de circunstancias especiales, particularmente el hecho de que su primera biografía publicada por el italiano Ettore Biocca. En ella se cuenta su historia pero se elude la autoría, y que la segunda fuese un plagio de la antropóloga norteamericana Florida Donner.

En su libro *At Face Value. Autobiographical Writing in Spanish America*, Sylvia Molly afirma el hecho bien conocido de que en la literatura hispanoamericana las autobiografías se han distinguido por su ausencia. Las razones que arguye son varias, entre ellas una falta de tradición, con la excepción posiblemente de las crónicas de Indias, siempre y cuando éstas puedan ser consideradas dentro del género. Me refiero a los textos de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, El Inca Garcilaso de la Vega, Cristóbal Colón, entre otros. Ciertamente la separación entre la persona pública y la persona privada es una de las trabas que se han puesto en el camino del género en Hispanoamérica, tan conscientes los escritores de mantener estas dos esferas distantes y separadas. Curiosamente la carencia de relatos de cautivos en Hispanoamérica nos hace pensar que bien es cierta la aseveración de que los escritores hispanoamericanos no favorecieron la producción de autobiografías. Decía Ortega y Gasset que el español sufre un especial pudor en hablar de sí mismos. Uno se pregunta si las

crónicas fueron entre otras cosas una forma para que los cronistas hablasen de sí mismo, o la carta escrita a un padre lejano, el rey, contando las hazañas que jalaron sus viajes a ultramar, con el fin último de obtener prebendas. Es decir, la autobiografía tendría en este caso un fin material y crematístico. Refiriéndose a estos primeros textos coloniales, Sylvia Molly opine, que «the narration of self is more a means to achieve a goal than the goal itself» (3). Pero volviendo a un género tan próximo a la autobiografía como son relatos de cautivos, prácticamente se pueden contar con los dedos de la mano los relatos que se conservan. En mi libro *Historias de la frontera. El cautiverio en la América Hispánica*, he explicado en detalle las razones de esta incomprensible carencia considerando que el cautiverio fue un fenómeno que se extendió desde la llegada de los primeros españoles a las tierras de la Florida, hasta bien entrado en siglo XX. Llama más la atención cuando consideramos que en la América anglosajona, los relatos y las autobiografías de cautivos, fueron un fenómeno literario de gran aceptación que sentó las bases de la literatura norteamericana.

Los relatos del cautiverio de Mary Rowlandson, Hannah Dustan, Elizabeth Hanson, Jemima Howe, Mary Kinnan, John Tanner, Nelson Lee, Fanny Kelly, Mary Jemison y Sarah Wakefield, entre otros muchos, fueron en su día *best sellers* entre una audiencia lectora en las ciudades de Nueva Inglaterra y Virginia, pero también en Inglaterra. Kathyryn Zabelle Derounian-Stodola sostiene que «many of the factive captivities can be classified as autobiography, biography, or even both» (xiii). En la Newberry Library de Chicago están listadas cerca de dos mil narraciones de cautivos. Por su parte, en la América hispánica, al margen de las crónicas autobiográficas de Cabeza de Vaca, *Naufragios*, y de Núñez de Pineda y Bascuñán, *Cautiverio feliz*, conocemos un único relato de cautivo, *Memorias del ex cautivo Santiago Avendaño*, que aunque escrito aproximadamente en 1866, no se publicó hasta 1999. Los otros relatos son de extranjeros, que al regresar atrajeron la atención de círculos científicos. En la América hispánica, ni los excautivos querían contar sus desventuras, ni la sociedad mostró interés en ellos. Este hecho singulariza de forma especial el texto de Helena Valero. Esta mujer cuya vida fue extraordinariamente ejemplar relató su vida posiblemente motivada por las manipulaciones que se habían hecho de su vida y experiencia personal, y animada por aquellos que, conscientes de este engaño, pretendían preservar la veracidad de su testimonio. No le movía ningún tipo de ambición, ni buscaba prebendas, de hecho se mostró renuente a la hora de contar su vida. Lo hizo en grabación, cuyo texto conservo. Su autobiografía, *Yo soy Napëyoma, relato de una mujer raptada por los indígenas yanomami*, es un documento extraordinario por múltiples razones, entre ellas la información de primera mano que proporciona de un grupo humano en vías de extinción, pero también de la violencia del cautiverio o rapto, que sigue afectando la vida de tantos en el continente. La suya es una maravillosa aportación al género de la autobiografía.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Chagnon, Napoleon A. *Yanomamö, The Fierce People*, New York: Holt, Rinehart and Winston, Inc, 1983.
- Derounian-Stodola, Kathryn Zabelle. *Women's Indian Captives Narratives*, New York: Penguin Books, 1998.
- Hux, Meinrado P. ed. *Memorias del ex cautivo Santiago Avendaño*, Buenos Aires: El Elefante Blanco, 1999.
- Molloy, Sylvia. *At Face Value. Autobiographical Writing in Spanish America*, New York: Cambridge University Press, 1991.
- Operé, Fernando. *Historias de la frontera. El cautiverio en la América Hispánica*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Valero, Helena. *Yo soy Napëyoma. Relato de una mujer raptada por los indígenas yanomami*, Ed. Emilio Fuentes. Caracas: Fundación La Salle de Ciencias Naturales, 1984.